

Dos banderas se han tremolado, señores, desde el origen de las sociedades humanas en el horizonte de los pueblos: la bandera de la soberanía popular, y la bandera del derecho divino. Un mar de sangre las separa; y ese mar de sangre atestigua cuál es el destino de las sociedades que las adoptan, cuál es la suerte de las sociedades que las siguen. Una nueva bandera cándida, resplandeciente, inmaculada ha aparecido en el mundo; su lema es: « Soberanía de la inteligencia, soberanía de la justicia; » sigámosla, señores: desde su aparición, ella sola es la bandera de la libertad, las otras de la esclavitud; ella sola es la bandera del progreso, las otras de las reacciones; ella sola es la bandera del porvenir, las otras de lo pasado; ella sola es la bandera de la humanidad, las otras de los partidos.

DURAN

(DON AGUSTIN).

El único escrito que hemos podido proporcionarnos de este erudito literato es el prólogo de su interesante *Coleccion de Romances y Cancioneros*, publicada en Madrid en 1832; mas como ya le hemos insertado en nuestro *Tesoro* de los mismos, que forma el tomo xvi de esta *Coleccion de los mejores autores españoles*, nos limitaremos á citarle aquí, recomendándole como un trozo no menos notable por su profunda doctrina que por su buena locucion. Varios son los trabajos de esta naturaleza con que ha ilustrado nuestra historia literaria la concienzuda laboriosidad del señor Duran, pero entre estos es tal vez el mas importante su opúsculo *sobre la Decadencia del teatro español*, que sentimos mucho no poder incluir en estos *Apuntes*.

ESCOSURA

(DON PATRICIO DE LA).

Sentimos no poder dar aquí una noticia biográfica completa de este jóven y apreciable escritor : nuestros esfuerzos para obtenerla han sido inútiles. Las obras suyas que conocemos son : las novelas del *Conde de Candespina* y *Ni Rey ni Roque*, y los bellos dramas *la Corte del Buen Retiro*, y *Barbara de Blomberg*. Sabemos que últimamente ha dado otros á la escena, con muy buen éxito, pero no los hemos visto.

EL BULTO VESTIDO DEL NEGRO CAPUZ.

Simancas, 1531.

EL CAMINANTE.

El sol á occidente su luz ocultaba,
De nubes el cielo cubierto se via :
Furioso en los pinos el viento bramaba,
Rugiendo agitado Pisuerga corria.

Soberbia Simancas sus muros ostenta
Burlando la saña del fiero huracan.
Mas ¡ay del cautivo que mísero cuenta
Las horas de vida por siglos de afan!

Por medio del monte, veloz cual la brisa,
Cual sombra medrosa, cual rápida luz,
Un bulto, que apenas la vista divisa,
Camina encubierto con negro capuz.

Mudado el semblante, la vista azorada,
Sollozos amargos lanzando sin fin,
La Madre invocando de Dios adorada
De hinojos se postra, del rio al confin.

Del ave nocturna la voz agorera
De encima el castillo se deja escuchar :
Relámpago rojo, con luz pasagera
Las densas tinieblas haciendo cesar.

¡ Dichoso mil veces, el mísero esclama,
Dichoso ! ¡ murallas, que en fin os miré !
Y al punto inflamado de súbita llama,
El rezo dejando, se pone de pié.

LA PRISION.

« Muchos, repetidos, muy graves pecados
Los hombres hicieron y Dios se enojó :
En pena, de libres que fueron creados,
Esclavos los hizo ; tiranos les dió.

» ¡ Tiranos! con ellos, cadenas, prisiones,
Castillos y guerras y el potro cruel :
¡ Tiranos! con ellos, rencor, disensiones....
¡ Tremenda es la ira del Dios de Israel!

» Castilla, hijo mio, sintió el torpe yugo,
Y á fuer de briosa lo quiso arrojar.

En vano : ayudarnos al cielo no plugo :
PADILLA el valiente cayó en Villalar.

» Nosotros, Alfonso, tambien moriremos ;
Tambien nuestra sangre vertida será.

¡ Qué importa! Muriendo felices rompemos
Las férreas cadenas que el mundo nos da. »

Acuña, el obispo, patriota esforzado,
Aquel que al tirano no quiso acatar,
El cuerpo de indignas cadenas cargado,
Cual cumple á los libres acaba de hablar.

En pié, silencioso, con aire abatido,
Mancebo, que apenas seis lustros cumplió,
Le escucha ; y responde con hondo gemido,
Que el eco en la torre fugaz repitió.

« Tan bravo en las lides ! Acuña le dice,
Tan bravo ! y cobarde temblais el morir....

— Teneos, obispo : muriendo es felice
Quien solo en cadenas espera vivir.

» Morir es mas dulce, que ver, como he visto,
Caer á PADILLA y á ciento con él.

Yo burlo la muerte, mas, ¡ ay ! no resisto
De amor á los tiros, fortuna cruel ! »

Oyóle el obispo con pena y callóse :
Magüer que ordenado, tiene corazon,
Lágrima furtiva al ojo asomóse :
El jóven su mano besó con pasion.

EL SOLDADO.

La noche era entrada, lluviosa y oscura :
Un trueno á otro trueno continuo seguia.
Velando, cubierto de fuerte armadura,
La noche, un soldado feroz maldecia.
El puente guardaba, la puerta y rastrillo,

Con fuego y espada y agudo puñal.
 Ninguno á llegarse se atreva al castillo,
 O tema aquel brazo probar en su mal.
 Con planta ligera el puente atraviesa
 El bulto vestido del negro capuz :
 « Detente, » el soldado gritándole apriesa,
 Le pone á los pechos su enorme arcabuz.
 Mas él sin turbarse : « Soldado, replica,
 » ¿ Qué gloria matando pensais conseguir
 » A un mozo perdido, que asilo suplica,
 » Do pueda esta noche tan sola dormir ?
 » — ¿ Mancebo, quién eres ? — Un huérfano soy ;
 » Guardian del castillo, yo soy trovador.
 » — Tal casta de gentes, de sobre anda hoy :
 » Marchad noramala, maldito cantor. »
 Lloraba el mancebo : dolor era oille ;
 Votaba el soldado, que hacia temblar.
 El uno : « Doleos, » tornaba á decille ;
 El otro : « Demonio, ¿ te quieres marchar ? »
 En tanto á torrentes el cielo llovía,
 Y un rayo no lejos del puente cayó :
 Invoca el soldado temblando á María ;
 Inerte á sus plantas al huérfano vió.
 « ¡ Mal hora los diablos aquí te trajeron !...
 » Apenas respira.... ¡ Cuitado rapaz !
 » Muy tierna crianza tus padres te dieron ;
 » Mas horas tuviste, que yo, de solaz. »

LA TROVA.

En sucio y estrecho parage y oscuro,
 Ardiendo en el centro su medio pinar,
 Sentados en torno del fétido muro,
 Como diez soldados se pueden contar.
 Un hombre con ellos de pardo vestido,
 Hercúleas las formas, de rostro brutal,
 Los ojos de tigre, mirando torcido :
 Parece ministro del genio del mal.
 Al par de aquel hombre, se ve suspirando
 El rostro de un niño, de un ángel de luz :
 Verdugo, el primero que estamos mirando ;
 El otro, es el bulto del negro capuz.
 — Que cante, que cante : le mandan á coro
 Las férreas figuras que en torno se ven ;
 Lanzando un bramido terrible, cual toro,
 — Que cante, el verdugo repite tambien.

Quisiera el mancebo primero que al canto
 Dar rienda á la pena, que muere de afan :
 Mas fuerza le manda, y enjuga su llanto ;
 Y canta, y de muerte sus cantos serán.

TROVA.

En medio un monte fragoso	Quien le espera y quien le huye,
Entre encinas colosales	Vanamente.
De años ciento,	Un altar solo se via
Templo antiguo ya ruinoso	En capilla retirada
Cercado de matorrales	Tenebrosa.
Tiene asiento.	En él la Virgen María
La torre, que cuando entera	De dolores traspasada
Soberbia al cielo se alzaba,	Lacrimosa.
Derruida,	De una lámpara de hierro
Ave nocturna agorera	La dudosa llama inquieta
Do la campana sonaba	Mustia brillá :
Solo anida.	Seguido solo de un perro
Crecen el musgo y la hiedra	Recorre un anacoreta
En lugar de los tapices	La capilla.
Recamados,	Y su sombra que refleja
Con que los muros de piedra	En la altísima techumbre
Fueron tiempos mas felices	De la ruina,
Adornados.	Fantasma fiera semeja
Porque el templo y la cabaña	Mirada á la escasa lumbre
Todo el tiempo lo destruye	Que ilumina.
Fácilmente :	Va el solitario.
Y piensa burlar su saña

Aquí con su canto llegaba el mancebo,
 Un fraile que pasa le manda callar.
 « ¡ Cantais, y no lejos teneis al que debo
 » Por la vez postrera, triste, confesar !!! »
 El fraile acabando, siguió su camino :
 Callóse el mancebo ; y el tigre exclamó :
 « Razon tiene el padre ; sin ser adivino,
 » Estoy persuadido de lo mismo yo.
 » — Cualquiera al mirarte, responde un soldado,
 » Llegar á Simancas, pensara algun mal.
 » — Un mal ! por mi vida, Fortun, que has errado :
 » Mañana á mis manos muere un desleal.
 » Alfonso García, famoso caudillo
 » Que de comuneros en Toledo fué,
 » Mañana en los filos de aqueste cuchillo
 » Por sus buenas obras hallará mercé.
 » — ¿ Mañana le matan ? con ansia pregunta,
 » ¡ Mañana ! el que el canto festivo entonó :

» ¡ Mañana ! ; es posible ! y el alba despunta.
» — Verdad es : entonces hoy mismo murió. »

EL BESO.

Levantán en medio de patio espacioso
Cadalso enlutado , que causa pavor :
Un Cristo , dos velas , un tajo asqueroso
Encima , y con ellos el ejecutor.

En torno al cadalso se ven los soldados ,
Que fieros empuñan terrible arcabuz ,
A par del verdugo , mirando asombrados
Al bulto vestido del negro capuz.

« — ¿ Qué , tiemblas , muchacho , cobarde alimaña ?

» Bien puedes marcharte , y presto á mi fe.

» Te faltan las fuerzas , si sobra la saña ;

» Por Cristo bendito , que ya lo pensé.

» — Diez doblas pediste , sayon mercenario ;

» Diez doblas cabales al punto te dí ,

» ¿ Pretendes ahora negarme falsario ,

» La gracia que en cambio tan sola pedí ?

» — Rapaz , no por cierto ! creí que temblabas.

» Bien presto al que odias verásle morir. — »

Y en esto cerrojos se escuchan y aldabas ,

Y puertas herradas se sienten abrir.

Salió el comunero gallardo , contrito ,
Oyendo al buen fraile , que hablándole va.

En frente el cadalso miró de hito en hito ,
Mas no de turbarse señales dará.

Encima subido , de hinojos postrado ,
Al MARTIR POR TODOS oró con fervor ;

Después sobre el tajo grosero inclinado :

« El golpe de muerte , » clamó con valor.

Alzada en el aire su fiera cuchilla ,

Volviéndose un tanto con ira el sayon ,

Al triste que en vano lidió por Castilla

Prepara en la muerte cruel galardón.

Mas antes que el golpe descargue tremendo ,

Veloz cual pelota que lanza arcabuz ,

Se arroja al cautivo — ; García !!! diciendo ,

El bulto vestido del negro capuz.

« — Mi Blanca !!! » responde ; y un beso , el postrero ,

Se dan , y en el punto la espada cayó.

Terror invencible sintió el sayon fiero ,

Cuando ambas cabezas cortadas miró.

Pamplona, 18 de marzo de 1835.

ESPRONCEDA

(DON JOSÉ DE).

Nació hácia el año de 1808 en Almendralejo, pueblo pequeño de la provincia de Estremadura. Hizo sus estudios en Madrid, en el colegio de San Mateo. Emigró en 1824 á Portugal y luego á Inglaterra y Francia, donde residió hasta 1833, exclusivamente consagrado al estudio de las bellas letras.

FRAGMENTOS DEL POEMA TITULADO

PELAYO.

I.

Al blando son de la armoniosa lira
Oigo la voz de alegres trovadores ;
El aura siento que fragancia espira ,
Y al eco escucho murmurando amores ;
Al sol contemplo que á occidente gira
Reverberando fúlgidos colores
Do la corte del godo poderío
Se alza orgullosa sobre el aureo río.

Toledo que de mágicos jardines
Cercada eleva su muralla altiva ,
No guardada de fuertes paladines ,
Ornada sí de juventud festiva.
Allí entregado á espléndidos festines ,
Rodrigo alegre y descuidado liba
Copas de néctar de fragancia pura
Al deleite brindando y la hermosura.

Allí con ojos lánguidos respira
Dulce placer beldad voluptuosa ,
Y aroma exhala si feliz suspira
Del puro labio de encarnada rosa :
Rodrigo en ella codicioso mira
La que á su amor se muestra desdenosa ,
Que mas que todas es cándida y linda ,
La dulce , bella , celestial Florinda.

El ruido crece del festin en tanto
Y el grato néctar al deleite llama ,

Su pecho inunda deleitoso encanto
Y el fuego impuro del amor le inflama :
Ebrio Rodrigo, derribado el manto
Alza la mano trémula, derrama
El aureo vaso, y atrevido sella
Dulce beso en el rostro á la doncella.

II.

SUEÑO DE RODRIGO.

Éra la hora en que el mundano ruido
Calma, en silencio el orbe sepultado :
Yacia el rey apenas interrumpido
Del dulce sueño su mortal cuidado,
Cuando un fúnebre oyó largo alarido
Entre angustiosos sueños congojado,
Triste presagio de su infausta suerte,
Y luego ante sus ojos vió la muerte.

La amarillenta mano descarnada
Blandiendo al aire la guadaña impía,
La aterradora vista al rey clavada
Su cetro y su corona recogía :
Mientras en torno estraña gente armada
Sus despojos alegre dividía,
Y oyó sus quejas y escuchó sus voces,
Y sus semblantes contempló feroces.
Y al ángel de tinieblas levantarse
Súbito vió como la inmensa cumbre
Del alto Chimborazo y á él llegarse
Lanzando rayos de ominosa lumbre.
Y su mano sintió que al acercarse
En su frente cargó su pesadumbre,
Grabando allí tremendo sobrescrito
Que le marcara por de Dios maldito.

Y luego oyó rumor de cien cadenas,
Crugir los huesos, rechinar los dientes,
Y abismos contempló de eternas penas,
Inmensurables, lóbregos y ardientes :
Oyó voces de horror y espanto llenas,
Batieron palmas las precitas gentes,
Y oyó también en medio á su agonía
Bárbaras carcajadas de alegría.

Mas luego el sueño se trocó en su mente,
Y amantes dichas disfrutar figura
En brazos de Florinda dulcemente

Entre flores, aromas y frescura.
Y cuando mas su corazón consiente
Que estrecha la deidad de la hermosura,
Se halla en los brazos de Julian fornidos
Ahogándole á su cuello retorcidos.

Sobre él enhiesto á su garganta apunta
Fiero puñal que el corazón le hiela ;
Procura desasirse y mas le junta
Pecho á pecho Julian que ahogarle anhela :
Así fiero dragon trilingüe punta
Vibra, y se enlaza al animal que cela,
É hincando en él la ponzoñosa boca
Le enrolla, anuda, oprime y le sufoca.

Los brazos alza y lleva á su garganta
Del bárbaro enemigo á desprenderse ;
Cuanto con mas ahinco los levanta
Los ve volver sin ánimo á caerse.
Crecen sus bascas, y en angustia tanta
Falto de aliento, sin poder valerse,
Yerto, rendido y con mortal congoja,
Ya con lívida faz espuma arroja.

En medio á su delirio y agonía
Trémulo y fatigoso se despierta ;
Un helado sudor su cuerpo enfria,
Su carne toda horripilada y yerta ;
Siente el robusto brazo que porfia
Aun por ahogarle ; á desprender no acierta
El lienzo que á su cuello él mismo liga,
Y él cree el brazo tenaz que le fatiga.

III.

DESCRIPCION DE UN SERRALLO.

De mágicos jardines rodeado
Se alza un rico salón, donde descansa
El moro rey cuando el fatal cuidado
Y cortesano estrépito le cansa :
En él ahora al júbilo entregado,
Del fiero pecho la crueldad amansa,
Plácido canto que deleite inspira
Al son de blanda regalada lira.

Allí, cercado del amable coro
Que el de las Húris célicas no iguala,
Quemada en pipa de ámbar y de oro
Planta aromosa el gusto le regala :

Y mientras en hombros de su amada el moro
La sien reclina, de su labio exhala
Humo süave, que en fragante nube
En leves ondas á perderse sube.

Cien lámparas de plata el opulento
Soberbio harem con su esplendor encienden,
Y en partes horadado el pavimento
Aromas mil á derramarse ascienden :
Las luces multiplica ciento á ciento
El oro y alabastro en que resplenden,
Y de cristal y azogue relucientes
En jaspe bullen imitadas fuentes.

Lánguida acaso mora peregrina,
En blando lecho de damasco y flores,
Allí voluptuosa se reclina,
Y en sus ojos amor prende de amores :
En tanto que otra de beldad divina
Con aguas de riquísimos olores
Baña la negra cabellera riza,
Que por la airosa espalda se desliza.

Otra de silfas mil tropa lasciva,
Con diademas de oro y de esmeralda,
Saltando en danzas ágiles, festiva
Gira y se enlaza entre gentil guirnalda,
Y deshaciendo el lazo fugitiva,
Desnudo el pecho y la gallarda espalda,
La leve seda al movimiento vuela
Y sus formas bellísimas revela.

El ojo en vano penetrar desea
La en torno casi trasparente gasa,
Y aunque nada tal vez entre ella vea,
Rápido el pensamiento la traspasa :
Y en tanto en vueltas fáciles ondea
La bella tropa y por las orlas pasa ;
Al son süave de las arpas de oro
Resüena el canto en armonioso coro.

Sonrie acaso, y su aspereza olvida
Viéndolas Aldaimon, y tierno lazo
Téjele en tanto su beldad querida
Con dulce beso y con amante abrazo.
A grata calma y á placer convida,
Y á deleite suavísimo, el regazo
Donde reposa, y por mayor delicia
Blanca y hermosa mano le acaricia.

IV.

CUADRO DEL HAMBRE.

Mas todo en vano fué : bárbaro estrago
Mientras el hambre en la ciudad hacia,
La muerte ya con silencioso amago
Señalaba sus víctimas impía :
Busca en la madre cariñoso halago
El tierno infante, que en su amor confía,
Seco el pecho encontrando : ella le mira,
Y horrorizada el rostro de él retira.

Gieme el anciano en lecho de tormento,
Y, ya sintiendo la cercana muerte,
Al hijo tiende el brazo amarillento
Y árido llanto al abrazarlo vierte.
Quien con hórridas muestras de contento,
Feliz creyendo su infelice suerte,
A su padre su misma sangre lleva
Para que de ella se alimente y beba.

Viérase allí grabada en los semblantes
La desesperacion : triste suspira
Y eleva aquel las manos suplicantes :
Cual, mordiendo en sí mismo, en ansia espira.
Tal, clavados los ojos penetrantes,
Morir sus hijos y su esposa mira
Con risa horrible, y muere recrugiendo
Los dientes, y las manos retorciendo.

Pálido y flaco, y lánguido, con lento
Paso camina el moribundo hispano ;
Sobre su lanza carga el macilento
Cuerpo y se apoya en la derecha mano.
Los ojos con horror, sin movimiento,
Avidos fija sobre el muerto hermano,
Y hambriento goza y lo devora en donde
Avaro cree que á los demas se esconde.

Las calles en silencio sepultadas
Solo ocupan algunos moribundos,
Las manos reciamente enclavijadas,
Despidiendo tal vez ayes profundos :
Laten en torno entrañas destrozadas,
Y miembros de cadáveres inmundos,
Que, forzado del hambre asoladora,
Cual como grato pasto los devora.

Para mayor martirio les presenta
Con recuerdo fatal su fantasía

Los manjares tal vez de la opulenta
Mesa que desdénaron algún día :
Ora las aves de rapiña ahuyenta ,
Avido , el moribundo en su agonía
Disputando el festín , y sus gemidos
Se mezclan con los fúnebres graznidos.

Cual , al lanzar el postrimer aliento ,
Ve feroz buitre que sobre él se arroja ,
Y en la angustia del último momento
Lucha con él en su mortal congoja ;
Los dedos hinca con furor violento
En la entraña del pájaro , que roja
La corva garra en sangre , aleteando
Va con su pico el pecho barrenando.

El moribundo , lívido el semblante ,
Los ojos vuelve en blanco en su agonía ,
Mientras tenaz el buitre devorante
Ahonda el pico con mayor porfía.
Mas el hombre le aprieta á cada instante ,
El ave mas profundizar ansía ,
Hasta que así , y el uno al otro junto ,
Muertos al fin quedaron en conjunto.

CANCION DEL PIRATA.

Con diez cañones por banda ,
Viento en popa , á toda vela ,
No corta el mar , sino vuela
Un velero bergantín :
Bajel pirata , que llaman
Por su bravura el TEMIDO ,
En todo mar conocido
Del uno al otro confin.

La luna en el mar riela ,
En la lona gime el viento ,
Y alza en blando movimiento
Olas de plata y azul :
Y ve el capitán pirata ,
Cantando alegre en la popa ,
Asia á un lado , al otro Europa ,
Y allá á su frente Stambul (1).

(1) Nombre que dan los turcos á Constantinopla.

« Navega , velero mio ,
Sin temor ,
Que ni enemigo navío ,
Ni tormenta , ni bonanza ,
Tu rumbo á torcer alcanza
Ni á sujetar tu valor.

» Veinte presas
Hemos hecho
A despecho
Del inglés.
Y han rendido
Sus pendones
Cien naciones
A mis piés.

» Que es mi barco mi tesoro ,
» Es mi Dios la libertad ,
» Mi ley la fuerza y el viento ,
» Mi única patria la mar.

» Allá muevan feroz guerra
Ciegos reyes
Por un palmo mas de tierra ;
Que yo aquí tengo por mio
Cuanto abarca el mar bravío ,
A quien nadie impuso leyes.

» Y no hay playa ,
Sea cualquiera ,
Ni bandera
De esplendor ,
Que no sienta
Mi derecho ,
Y dé pecho
A mi valor.

» Que es mi barco mi tesoro ,
» Es mi Dios la libertad ,
» Mi ley la fuerza y el viento ,
» Mi única patria la mar.

» A la voz de ¡barco viene!
Es de ver
Como vira y se previene
A todo trapo á escapar :
Que yo soy el rey del mar
Y mi furia es de temer.

» En las presas
Yo divido
Lo cogido
Por igual :
Solo quiero
Por riqueza
La belleza
Sin rival.

» Que es mi barco mi tesoro ,
» Es mi Dios la libertad ,
» Mi ley la fuerza y el viento ,
» Mi única patria la mar.

» ¡ Sentenciado estoy á muerte !
Yo me rio :
No me abandone la suerte
Y al mismo que me condena
Colgaré de alguna entena
Quizá en su propio navío.

» Y si caigo
¿ Qué es la vida ?
Por perdida
Ya la dí ,
Cuando el yugo
Del esclavo
Como un bravo
Sacudí.

» Que es mi barco mi tesoro ,
» Es mi Dios la libertad ,
» Mi ley la fuerza y el viento ,
» Mi única patria la mar.

» Son mi música mejor
Aquilones ,
El estrépito y temblor
De los cables sacudidos ,
Del negro mar los bramidos
Y el rugir de mis cañones :

» Y del trueno
Al son violento ,
Y del viento
Al rebramar ,
Yo me duermo
Sosegado ,
Arrullado
Por el mar.

» Que es mi barco mi tesoro ,
» La victoria mi deidad ,
» Mi ley la fuerza y el viento ,
» Mi única patria la mar . »

FLORAN

(DON JUAN).

Don Juan Floran, hijo de don Vicente Floran Velaz de Madrano y doña Maria Josefa Pastoris y Gonzalez, nació en Cartagena hácia los primeros años de este siglo. Su padre, siendo el último de los hijos del marques de Tabuérniga, y no teniendo entonces mas bienes de fortuna que su espada, pensó en destinarlo á la marina, en cuyo real cuerpo servia; pero no tardó en mudar de intento, al ver las pocas esperanzas de adelanto que podian fundarse en esa carrera. Puso pues sus miras en los otros cuerpos reales, y mientras la edad de su hijo le permitia solicitar su admision en ellos, le obtuvo una subtenencia en uno de los regimientos de infanteria mas lucidos del ejército. Si la guerra hubiese continuado, su profesion habria sido la de las armas. La paz de 1815, y mas que la paz, el mal estado del erario destruyó el prestigio de la carrera militar, y Floran cedió sin lucha á su verdadera vocacion. La primera que entre sus producciones le mereció los elogios, que tal vez han contribuido á desenvolver en él la pasion de la literatura, es la que se inserta aquí con el titulo de *Despedida*.

Desde esa época jamas ha abandonado el estudio. Empezó la gramática latina en Murcia y la acabó en Córdoba, donde recibió las primeras lecciones de griego y de humanidades bajo la direccion del dignísimo don Manuel Arjona. De allí pasó á Granada, á estudiar la jurisprudencia en el colegio de Santiago.

Los que se ocupen en la historia de nuestras mudanzas políticas dirán la parte que Floran tomó, durante los años 1822 y 23, en la revolucion de aquella época. No se debe sin embargo omitir que la parte que tomó en ella le ha valido una larga emigracion, y que la emigracion lo ha obligado á repartir su tiempo en trabajos científicos y literarios, muchas veces incompatibles, siempre inconexos.

Los frutos de quince años de vigalias y afanes se hallan diseminados por lo comun en los periódicos y publicaciones literarias á que ha dado su colaboracion; pero las obras á que él mismo da alguna importancia por su alcance, son: *les Mémoires d'un Cadet de famille*, en tres volúmenes que se han reimpresso tres veces, y de que apenas se encuentra ya un ejemplar: *les Études sur la Littérature originale des Espagnols*, cuyos fragmentos merecieron los mayores aplausos cuando se publicaron en la Europa literaria; *Costumbres familiares de los Americanos del Norte*, en dos volúmenes, y una multitud de versos en español, en fran-

ces ó en inglés, que el autor no lee sino á sus intimos amigos, y de que damos aquí la escasa muestra que comportan los limites de nuestro plan.

Nada hemos dicho de la colaboracion activa de este escritor en varios periódicos franceses, porque no nos creemos autorizados á levantar el velo y descubrir el secreto, cuando el interesado juzga oportuno evitar la publicidad de su nombre.

I.

LA DESPEDIDA.

Riberas amenas
Del fértil Segura,
Zagalas morenas
De garbo gentil,
A Dios! que mi dura
Fortuna me lleva
A ver tierra nueva
Do corre el Genil.

En vano, al dejaros,
Mi llanto reprimo;
En vano, al hablaros,
Quisiera llorar:
Y al cabo, si gimo,
Mi mal no se calma;
Ni muero, si el alma
Concentra el pesar.

¡A Dios, patria mia!
¡A Dios, cuna amada!
Mi bien, mi alegría,
Murieron en flor.

La bella Granada,
Si mas bella fuera,
Tampoco pudiera
Templar mi dolor.

Oh! nunca sus prados,
Sus cármenes frios
Tus valles llorados
Me harán olvidar:
Tus valles sombríos,
Tus altas moreras,
Tus aguas parleras,
Tu blando azahar.

Si alguna zagala,
Al verme tan niño,
Quisiere por gala
Prenderme en su amor,
Mi tierno cariño
Diréle que habita
Do nunca marchita
La nieve el verdor.

¡A Dios, mis pastores,
¡A Dios, mis zagalas!
Sabrosos amores
De pecho infantil!
Del viento en las alas
Mi pena á deciros
Mis tiernos suspiros
Vendrán del Genil.

Murcia, 1815.

II.

PLEGARIA.

¡O tú, benigno Dios, que coronado
De eterna luz en la mansion sublime
Reinas sobre los siglos increado!

¡Tú, cuya planta soberana imprime

Su animadora huella en nuestra esfera,
Y el insolente mar calma y reprime!
¡Tú, que alimentas la salvaje fiera,
La cándida paloma, y vil gusano
Como al altivo ser que al mundo impera!

¡O tú, númen de paz! Si nunca en vano
Llega á tu trono del humilde el ruego,
Calma, Señor, nuestro furor insano.

Armado contra el hijo el padre ciego,
El hijo contra el padre se levanta,
De guerra impía acrecentando el fuego.

Llama su causa el parricida santa,
Y del hermano sobre el cuerpo helado
El himno de victoria alegre canta.

Resuena el atambor, y arrebatado
De la bélica saña, al roto muro
Trepas furioso el bárbaro soldado.

Ni la madre infeliz del trance duro
Con lágrimas liberta al tierno infante
De su morada en el recinto oscuro:

Ni la tímida vírgen que al amante
Vió, cual mira el pastor en la alta encina
Rodar su amparo en tempestad tronante,

Ablanda al vencedor, que ya destina
Por despojo servil de su deseo
La casta flor de su beldad divina.

El llanto es del sacrilego el recreo,
Y las delicias que el amor le niega
Roba al pudor en torpe devaneo.

Hirviente sangre el pavimento riega,
Y el aire hinchendo de funesta lumbre,
La llama resonante al cielo llega.

Del regio alcázar la empinada cumbre,
Deshechos los fortísimos pilares
Se rinde á su abultada pesadumbre,

Caen los templos, ruedan los altares,
Y sus ricos escombros se confunden
Con los del techo de los pobres lares.

Crece el incendio; los horrores cunden;
De la victoria al pavoroso grito
Miseros alaridos se difunden.

Tu nombre, o Dios, de su rencor maldito
Arrastrado ese monstruo, audaz invoca;
Tu nombre, o Dios, corona su delito.

Aras te erige su soberbia loca,
Y en ellas ofreciendo sus despojos
Tu formidable cólera provoca.

Aparta de él tus indignados ojos:
Vuélvelos apiadado á nuestro duelo.
Basta, Señor, de víctimas y enojos.

Rompe, padre comun, el denso velo
Con que á tus hijos la maldad seduce;
Oigan todos la voz que desde el cielo—

«Hombres, dice, la gloria que produce
» Cuantos portentos vuestra mente alcanza,
» Ni mas inmensa en vuestras aras luce,
» Ni humana lengua llega á su alabanza:
» La morada de Dios, su templo augusto
» Es el sencillo corazón del justo.»

Madrid, 1821.

III.

SONETO.

Duerme en calma feliz, Amira mia,
Duerme, mi dulce luz, que amor velando
Tu venturoso sueño está guardando,
Y mi esperanza en él y mi alegría.

Al apagarse el resplandor del día
Mi lira sonará, y al eco blando
Tus bellísimos ojos despertando
Serán mis soles en la noche umbría.

Oh! Si su forma celestial me diera
El ángel amoroso que te guarda
Y en torno de ese lecho insomne gira....

¡Cómo tu corazón mi afán sintiera!
¡Cuán presto fuera lo que tanto tarda!
Pero á ser va tal vez.... Despierta, Amira.

Londres, 1828.

IV.

SONETO.

Pura y undosa fuente, que serena
Retratas en tu fondo cristalino
La copa erguida del flexible pino,
Cuando tu seno con su sombra llena;

Así corone cándida azucena
Tu margen solitaria de continuo;
Así nunca rebaño peregrino
Enturbie tu raudal, huelle tu arena:

Que me digas te ruego, si mejora
Ese cristal mi rostro; pues no fuera,
A ser tú fiel, tan cruda mi pastora.

Esto dice Mirtilo , y considera
Su imagen en el agua ; empero llora ,
Y el agua turba y su retrato altera.

Cádiz, 1824.

V.

ODA.

A LA LUNA.

O solitaria luna , que vagando
Por el inmenso cielo
Vas tus lánguidos rayos derramando
Sobre el dormido suelo ;

Tú que ves del amante la fortuna
Y aumentas el delirio ;
O bien , cuando aquejado te importuna ,
Suspendes el martirio :

Dime si contemplándote está agora
La dulce prenda mia ,
Si suspira por mí , si por mí llora ,
Y si mi vuelta ansía.

Tal vez su soledad triste lamenta ,
Y revuelve en su mente
La dicha ya pasada que atormenta
Como el dolor presente.

¿Aspira con deleite el rico aroma
Del jazmin , ó lo olvida ?
¿Riega su tronco , sus estrellas toma
Por ser mi flor querida ?

Tu disco inestable con callados giros
De luz y plata lleno
Alejándose va de mis suspiros
Por el cielo sereno.

Tal iba , cuando viste á mi adorada
A su seno estrecharme
Y jurándome amor con voz turbada
Sus ojos ocultarme.

Si entonces tu carrera no dejaste ,
No detengas tu vuelo ;
Que no hay ventura que á pararlo baste
En el mezquino suelo.

Paris, 1831.

VI.

CANTILENA.

Abre , o noble castellano ; Dame albergue en tu castillo , Que no llama á tu rastrillo Mendigo palmero ni malhechor.	Mi cantilena inocente Da esperanza en el despecho , Y alivia en el triste lecho El mas intenso dolor.
Abreme ; ya muy cercano Ruge el huracan furioso : Sé esta noche generoso , Y da asilo á un trovador.	El débil anciano siente Renovársele la vida , Si su juventud lucida Le recuerda el trovador.
Diré sabrosos cantares Del amor , y la terneza Que á la tímida belleza Humilde ofrece el valor , Y el consuelo y los pesares Con que el triste amante lucha , Cuando ausente acaso escucha Los ecos del trovador.	En la corte y la montaña , En el campo y el torneo , No hay ambicion , no hay deseo Que no aspire á mi loor , Y si no teme la saña De su enemigo el guerrero , Teme el mejor caballero Que lo olvide el trovador.
Diré los himnos de gloria De los fuertes paladines , Las justas y los festines De los tiempos del honor . Y con ellos la memoria De tus valientes abuelos Remontándose á los cielos Con la voz del trovador.	Abreme , buen castellano ; Ve cual la lluvia me moja , Y de mi cítara afloja Las cuerdas por tu rigor . No merezcas inhumano Que te maldiga la gente , Por no albergar mas clemente Una noche al trovador.

Londres, 1827.